

culada. A tí, celestial Princesa, sagrada Virgen María, te ofrecemos desde hoy nuestra alma, nuestra vida y nuestro corazón. Miranos, oh Madre de misericordia, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, Reina purísima de los ángeles y de los hombres, miranos con compasión, y con ojos de dulzura. No nos dejes, Madre mía, ahora, ni en la hora suprema de nuestra muerte, para que acompañando nuestras almas hasta el trono de tu divino Hijo, te acompañemos también nosotros ante ese trono de luz y de infinita gloria, y cantemos contigo sus alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.



SERMON PARA EL DIA VEINTICINCO.

(TERCERO DE LA NOVENA.)

Gloria que resulta al hombre de la Encarnacion del Verbo eterno en las purísimas entrañas de María.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.
Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Sorprende verdaderamente, M. A. H., el desenvolvimiento de los destinos altísimos de la Virgen María en quien la humanidad había de ser glorificada por nuestro Dios. Predestinada esta mujer extraordinaria para una misión celestial, ha sido concebida en la gracia de Dios, como ayer recordábamos, preservándola el Señor, «en cuyas manos están la vida y la muerte,» de la culpa funesta para Adán que lo hizo desdichado y á su inmensa posteridad, y feliz culpa al mismo tiempo, como canta la Iglesia, porque nos mereció un Redentor como Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios. Los años primeros de su vida los ha empleado María, como todos los de su existencia, en atesorar riquezas de virtud con que agradar á su Dios á quien estuvo siempre consagrada, de tal manera que «las obras de María, en lenguaje de un elocuente historiador, asemejábanse á los copos de nieve que en silencio se deslizan sobre la cima inaccesible de los altos montes: la capa de la víspera no cede en brillantez á la del día siguiente; añádese pureza á la pureza, y blancura á la blan-

cura, hasta formar un cono deslumbrador de luz que á imitación del sol obligue al hombre á abatir sus miradas. No es dable que otra criatura presente al soberano juez una vida semejante.» Desposada por obediencia, y conservando su voto de virginidad, con un pobre, pero justo, artesano de Nazareth, con el patriarca José, los dias de la Virgen santísima han trascurrido en envidiable y santa paz, distribuyendo sus horas entre el trabajo, que es el destino legítimo y provechoso del cuerpo, y la oracion que es la ocupacion mas digna del alma, formando uno y otra las delicias embeladoras de la virtud que tanto engrandece nuestro ser, y que Dios tan abundantemente recompensa, no solo en la vida futura, sino tambien en la vida presente, sin que los hombres se apercibieran de la existencia de María, pobre aldeana que estaba llamada á ser la Reina de los cielos y de la tierra, la Madre de Dios y de los hombres, en quien Dios y los hombres relativamente serian glorificados, porque Aquel que es poderoso y cuyo nombre es santo, habia de obrar con Ella todavia mayores maravillas: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

La humanidad entretanto ha visto pasar los años y los siglos en la espectacion de un grande acontecimiento que decidiria de su suerte, de la venida al mundo del «Admirable, del Consejero, del Dios, del Fuerte, del Príncipe de la paz.» Los profetas y videntes del Señor lo han visto de lejos, y han pedido que «las nubes lluevan al Justo, y que la tierra brote á su Salvador,» como dijo Isaias; á fin de que «los montes reciban la paz para el pueblo, y los collados la justicia, y sea su nombre bendito por los siglos, y en Él sean benditas todas las tribus de la tierra, en espresion de David, y tenga debido cumplimiento el vaticinio del profeta hijo de Amós, cuando dirigiéndose al rey Achaz le decia solemnemente: «He aquí que concebirá una Virgen, y parirá un Hijo y será llamado Emmanuel,» esto es, Dios en nosotros.

Los vaticinios van á cumplirse, A. M.; la época del advenimiento al mundo del Libertador esperado se acerca; la Virgen de Isaias se halla en su humilde morada de Nazareth harto ajena de los designios eternos de Dios acerca de Ella, cuando he aquí que un dia «el ángel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, nos dice San Lucas, á una Virgen desposada con un hombre que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel adónde estaba María la dice: Dios te salve, llena de gracia. El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. María se turba al oír esta salutacion, y el ángel la dice: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus. El Espíritu Santo vendrá sobre tí y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso el Santo de los santos que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra;» y en María se obra al pronunciar estas palabras el inefable misterio de la Concepcion de Jesucristo, y Encarnacion del Verbo de Dios.

Este es el asunto sublime y altamente importante de que vamos á ocuparnos hoy para honrar á María con nuestro cultos, A. H. M. Muchas son las reflexiones que entraña tan elevado misterio que no es posible condensarlas en un discurso. Elijamos entre ellas las que confirman el pensamiento que en estos últimos dias venimos analizando, y es que en María Santísima ha sido glorificada la humanidad. Á este propósito mis esfuerzos se dirigirán á hacer ver, como me sea posible, ayudado de la gracia del Espíritu Santo: la grande gloria que ha resultado al hombre de la Encarnacion del Verbo eterno en las purísimas entrañas de María, haciéndose Madre de Dios y Madre de los hombres, grandeza inefable que el Señor, que es poderoso y santísimo, le ha

concedido en su mucha misericordia: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Insuficientes son mis escasos talentos para tratar este misterio inefable que «estuvo oculto á los siglos y á las generaciones y que Dios se ha dignado manifestarnos.» Necesito eficaces auxilios del cielo para ocuparme de él, siquiera sea para no profanar la dignidad de esta sagrada cátedra, y á este fin os ruego llegueis conmigo á pedirlos por la intercesion de María, repitiendo á sus piés las palabras del ángel que habeis oido:

AVE MARÍA.

Por grande que fuera, A. H. M., la esperanza del hombre en la misericordia de Dios para que le perdonara su gravísimo pecado cometido en el paraiso, no podia llegar hasta el extremo de pensar que diese á su Unigénito Hijo á los hombres á quienes tanto amaba para salvarlos por medio de su Encarnacion: *sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Y sin embargo, no solo lo ha dado «para que todo aquel que crea en Él no perezca, antes bien tenga vida eterna» sino que además «de extraños y peregrinos que éramos nos ha hecho conciudadanos del cielo y familiares de Dios; y que cuando estábamos sin esperanza, sin Dios en este mundo, *et sine Deo in hoc mundo*, y muertos por el pecado, nos ha vivificado en Cristo por cuya gracia somos salvos, nos ha resucitado con Él, y nos ha hecho asentar en las alturas del cielo en Jesucristo,» como escribe S. Pablo á los de Efeso: *et consedere fecit in caelestibus in Christo Jesu.* Tanta gloria ha venido á la humanidad por medio de María, porque María, pensadlo bien, es la Madre de Jesucristo, y Jesucristo es el Verbo eterno de Dios: *de qua natus es Jesus,*

qui vocatur Christus. Reflexionemos sobre el adorable misterio de la Encarnacion que á tan alto grado sublima á la humanidad, pues realizándolo el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen Esposa de San José, ha obrado en Ella cosas grandes: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

El primer pensamiento que ocurre á la mente, A. H., al meditar en este misterio augusto es la distancia inmensa que separaba al hombre de Dios, distancia de naturaleza, y de condicion. El hombre, pura criatura, finita, débil, que aunque «hecho un poco menor que los ángeles» dista muchísimo de ser Dios. Dios, ser increado, que existe, que es por sí mismo eternamente: *ego sum qui sum*; ordenador supremo de todos los seres, motor universal de quien recibe vida, impulso, y accion todo lo que existe, infinito en todas sus perfecciones, único en su esencia. El hombre, que ha perdido su inocencia, la gracia original con que fué criado, que ha sido lanzado por la mano de Dios del paraiso por su culpa, y que lleva en su frente el estigma indeleble de su apostasia, Dios, el Santo de los santos y la fuente de donde procede toda bondad, toda virtud, toda santidad; «el que solo tiene inmortalidad, y habita una luz inaccesible» á los ojos humanos, increada que es Él mismo: *et lucem inhabitat inaccessibilem.* Pues esta distancia que hay entre Dios y el hombre va á desaparecer por la Encarnacion del Verbo. Una criatura que no ha sido mancillada por el pecado inocente como un pensamiento celestial, pura y santa mas que los mismos ángeles que sirven á Dios, va á ser la estrecha lazada que una extremos tan separados, á Dios ofendido y al hombre ofensor, al grande, al inmenso, al infinito, y al pequeño, limitado y miserable. En las entrañas purísimas de María van á reconciliarse Dios y el hombre, y «á darse un ósculo santo de amor la justicia y la paz: *justitia et pax osculatae sunt*, y á unirse para siempre en una sola persona, que es el Verbo

eterno, la naturaleza divina y la naturaleza humana que á hombre habia corrompido; porque la Virgen escogida va el ser Madre de Dios, y por consiguiente en María se aproximan, se acercan, llegan á unirse perfectamente sin confundirse lo finito y lo infinito; esta criatura bienaventurada pertenecerá ora á la humanidad por su naturaleza, ora á la divinidad por su maternidad divina. Verdaderamente que «el Señor nuestro Dios cuyo poder no conoce límites, y cuyo nombre es santísimo, obra en María cosas sorprendentes y altamente maravillosas:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¡Cuánta gloria resulta á la humanidad, A. M., de esa Encarnacion augusta! ¡Ah! nuestro Dios para elegir Madre la ha elegido de nuestra misma naturaleza, una mujer hermana nuestra es la Mujer mil veces bendita que sin concurso de varon y por obra solo del Espíritu Santo va á dar la naturaleza humana al Verbo de Dios para que sea hombre verdadero, siendo verdadero Dios: *misit Deus Filium suum factum ex muliere.* Y esta mujer es tan elevada, tan digna y aceptable á los ojos de Dios, que el ángel Gabriel cuando la visita en Nazareth para anunciarla los designios del Señor en su Encarnacion, la llama «llena de gracia; la dice que Dios está con ella, y que es la bendita, la mas bendita entre todas las mujeres,» ó á quien Dios ha colmado de sus gracias y bendiciones: *gratia plena, Dominus tecum, benedicta in mulieribus.* María venia á ser Madre de Dios, y Madre de Dios quiere decir engendradora del Santo de los santos, Madre del Omnipotente, del Rey de reyes y del Señor de los que dominan, de Aquel que todos los mundos criados no pueden contener, del Hijo eterno del que es Eterno, del que es «engendrado por el Padre con inefable y eterna generacion antes que las estrellas, antes que los tiempos, antes que toda criatura:» *ex utero ante luciferum genui te.*

Empero esa gloria inefable que ha de sobrevenir á la hu-

manidad por la Encarnacion del Verbo en el seno de María, llamándose Madre de Dios esta Virgen, ¿cómo ha de realizarse siendo el Hijo que ha de engendrar infinitamente anterior á esta Señora, concebida pocos años antes? ¿El arroyo puede contener á su manantial, y la obra puede jamás proveer á su autor? ¿Cómo María ha de llamarse, y ser verdaderamente Madre de Dios? No es extraño que la simple razon humana, aunque irradiacion de la luz eterna de Dios, no comprenda por sí sola, y sin el auxilio de la fe este misterio incomprensible é inefable. María misma, en cuyas entrañas virginales se realiza esa Encarnacion asombrosa, no se lo explica á sí misma: «¿de qué manera, dice, cómo será esto?» *quomodo fiet istud.* Ha sido preciso que el ángel de Dios le diga: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Allísimo. Y por esto lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios:» *ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.* Así es que si Jesucristo nuestro Señor, que es el Hijo único y verdadero de María, no tuviera mas que una naturaleza, la naturaleza divina, esta Señora no podria llamarse Madre de Dios, porque el Hijo de Dios ni puede, ni debe tener otros padres que á Dios. Pero Jesucristo tiene tambien en su sacratísima persona la naturaleza humana que la ha tomado de María, toda, íntegra y perfecta, verificándose por un milagro lo que Gabriel habia anunciado á esta Señora cuando la decia: «Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, y le llamarás Jesus:» *ecce concipies in utero, et paries Filium, et vocabis nomen ejus Jesum.* Y María le concibió, y se obró en Ella la Encarnacion santísima del Verbo, «y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros» en el momento mismo en que esta Virgen esposa pronunció estas palabras que descubren su humildad y profunda obediencia para ser Madre de Dios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra:» *ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum;* y Madre de Dios

es ciertamente la que concibe por obra del Espíritu Santo al que, según ha prometido el ángel, «será grande, y absolutamente y de todos modos grande, porque no solo será Hijo Unigénito y consustancial de Dios, como lo es desde *ab æterno*, sino que será creído, celebrado y reverenciado como tal,» manifestado en carne, declarado en virtud, poderoso en obra y en palabra,» según espone San Ambrosio; al que dará el Señor Dios el trono de David su padre, no limitando su imperio á los confines de la Judea, sino estendiéndolo á todo el universo, pudiendo decir que «ha sido constituido rey por su eterno Padre sobre el monte santo de Sion, y que le ha dado todas las naciones por herencia, y por posesion todos los términos de la tierra;» al que reinará, en fin, en la casa de Jacob para siempre; no sobre una de sus tribus, sino sobre las doce, sobre toda la Iglesia que es la verdadera casa del nuevo Israel: *et regnabit in domo Jacob in æternum*; y su reinado no será por tantos ó cuantos años, sino para siempre, porque no tendrá fin, en lo cual se distinguirá del reinado de los hombres que es caduco y perecedero: *et regni ejus non erit finis*.

Al meditar estas altísimas verdades yo confieso que me abismo sin acertar á medir la estension de la gloria que María ha recibido en la Encarnacion, y por consiguiente la humanidad ha sido glorificada en esta Señora. Así es que aborta Isabel, esposa de Zacarías, al ser visitada por la Virgen santísima llevando en sus entrañas al Verbo de Dios, exclama en alta voz: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde esto á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Señor: *unde hoc mihi ut veniat mater Domini ad me?* Bienaventurada tú que has creído, porque cumplido será lo que el ángel te ha dicho de parte del Señor:» *beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea quæ dicta sunt tibi á Domino*. Y María, penetrada de los mismos sentimientos de admiracion al verse elevada á la mas

alta dignidad que pudo tener una simple criatura, á la dignidad de Madre de Dios, exclama á su vez en este grandioso y profundo cántico que la Iglesia no se cansa de repetir todos los dias: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque miró la bajeza de su esclava; pues ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso y grande su nombre:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Hermanos míos: contemplad en humilde y consoladora meditacion las glorias inefables que hemos recibido todos al concebir María en sus entrañas al Verbo eterno de Dios, llegando á ser por este misterio su verdadera Madre. Empero no debemos limitarnos á esto; en ese misterio augusto María ha sido también elevada á la grandeza de Madre de los hombres, y en ello recibimos nuevas glorias que justamente debemos agradecer á Dios que con esta excelsa Señora ha hecho cosas tan maravillosas y sublimes: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

II.

El papa San Leon, A. H., en uno de sus elocuentes y admirables sermones hace esta exhortacion magnífica que debemos oír con religiosa atencion: «Demos gracias, amadísimos, á Dios Padre por su Hijo en el Espíritu Santo que, por la mucha caridad con que nos amó, se ha compadecido de nosotros, y estando muertos por los pecados nos vivificó en Cristo para que seamos en Él nueva criatura, y nueva hechura de sus manos. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la naturaleza divina, no quieras volver á tu antigua vileza. Acuérdate de qué cabeza, y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que has sido librado de la po-